

mas sino dar principio al tiroteo; pero el almirante Duckworth solo contaba con siete navios y dos fragatas, y veia asestar contra él una masa espantosa de artillería, sabiendo ademas que, gracias á los franceses, herizábase de cañones el paso de los Dardanelos. Estaba, pues, seguro de que iba á cometer contra Constantinopla una barbarie que no tenia objeto ni disculpa, y á llegar con una escuadra desarbolada á un estrecho mucho mas peligroso de atravesar que antes. En consecuencia, á los once dias de haber estado en el mar de Marmara, levó áncoras el 2 de marzo, se presentó formado en batalla bajo las murallas de Constantinopla, dió algunas bordadas casi á tiro de cañon, y viendo que no intimidaba á los turcos, preparados ya para defenderse. ancló á la entrada de los Dardanelos, proponiéndose pasarlos á la mañana siguiente.

Mientras á bordo de la escuadra inglesa reinaban el despecho y la confusion, estalló en Constantinopla una alegría sin limites al ver perderse en el horizonte las velas enemigas, con direccion á los Dardanelos. Franceses y turcos se felicitaban mutuamente por aquel feliz resultado de un momento de valor, y entusiasmada con el triunfo, quiso hacerse á la vela, á fin de perseguir á los ingleses, la escuadra turca, que habia sido equipada con presteza. En vano trató el general Sebastiani de impedir aquella imprudencia, que podia proporcionar al almirante Duckworth la ocasion de ilustrar su retirada, destruyendo la escuadra otomana: el pueblo lanzaba tales gritos, y las tripulaciones estaban tan animadas, que no pudiendo resistir el gobierno los arrebatos del

valor, como habia resistido los de la cobardia, tuvo que consentir en que saliera la escuadra. El Capitan Pachá levó, pues, áncoras mientras que los ingleses huian presurosos, sin saber que el triunfo corria tras ellos.

Al dia siguiente 3 de marzo por la mañana, desembarcó la escuadra inglesa en la parte angosta y peligrosa del estrecho de los Dardanelos, donde ya habian despertado el celo de los turcos con tan buen éxito como en Constantinopla, los pocos oficiales franceses que fué posible enviar al estrecho. Las baterías habian sido compuestas y estaban mejor servidas, pero por desgracia la artillería pesada, colocada sobre malas cureñas, se hallaba en manos de hombres que hacian no muy buena punteria. Con todo, arrojóse sobre la escuadra inglesa algunas bombas de mármol de mas de dos pies de diámetro, y que á ser bien dirigidas, hubieran podido causar mucho daño, pero gracias á los vientos del Norte que les eran favorables, los ingleses solo emplearon hora y media en pasar la parte estrecha del canal, desde el cabo de Nagara hasta el de los Barberos. Por lo demás se portaron con el valor natural en sus marinos, pero sufrieron grandes averías, horadando aquellos gruesos proyectiles varios de sus navios; y los hubieran echado á pique, si hubiesen estado huecos y llenos de pólvora, como los que se usan hoy. La mayor parte de los buques de la escuadra, al salir del estrecho, se hallaban en un estado que exigia pronto reparos, costando aquel paso á los ingleses mas de doscientos hombres, entre muertos y heridos, pérdida de poca importancia si se la compara con la matanza de las

grandes batallas dadas en tierra, pero que no deja de tenerla, comparándola con lo que sucede en los combates de mar. Mientras la division inglesa salia de los Dardanelos, llegó á Tenedos el almirante Siniavin, con una division rusa de seis navíos, é instó vivamente al almirante Duckworth á que volviese á dar principio á la operacion; pero despues de la derrota que acababa de sufrir, hubiera sido una cosa estravagante hacer otra tentativa, pues seis navíos rusos no hubieran variado la situacion de un modo notable, ni allanado las dificultades.

Así terminó aquella empresa, que se frustró porque los medios no eran suficientes, y por los escrúpulos de humanidad que entonces mostraron los ingleses, escrúpulos de que no suele ir acompañada la política británica. Inglaterra sintió mucho aquel resultado, y Napoleon se alegró como es natural, pues además del efecto moral que causó en Europa el asunto de Constantinopla, efecto que redundó enteramente en provecho suyo, la lucha trabada contra los turcos era un respiro utilísimo para sus armas.

La Europa estaba en aquel momento muy conmovida con la terrible batalla de Eylau, que habia sido comentada en muy diverso sentido, aplaudiendo unos el que al fin se habia conseguido hacer frente á los franceses, y asustándose otros, y eran los mas, de lo que costó el poder resistirlos un momento, pues fué preciso darle á degollar un ejército, oponiéndoselo al paso, como un obstáculo físico que hubiese que destruir. Es verdad que aquella era la primera vez que los triunfos conseguidos por los franceses no fueron tan deci-

sivos como los de costumbre, sobre todo en la apariencia; pero no por eso dejó de perder el ejército ruso en aquella sangrienta jornada la tercera parte de su gente, y si, para disimular su derrota, trataba de hacer el general Benningsen algunos presuntuosos alardes de fuerza frente á nuestros cuarteles de invierno, no podia intentar cosa alguna de provecho, ni oponerse á uno solo de los sitios que emprendiamos á su misma vista. Napoleon, á quien empezaban á llegar refuerzos, tenia para aniquilarle cien mil hombres sobre las armas sin contar las tropas francesas ó aliadas que, protegidas por el ejército grande, se ocupaban á la izquierda en sitiár á Dantzic, y acababan de conquistar á la derecha las plazas de Silesia. La única dificultad que impedia á Napoleon terminar aquella campaña, que ya era demasiado larga era la de los trasportes, segun ya hemos visto; y si hubiese helado bien, hubiera podido llevar consigo en ruedas con que poder mantener al ejército durante una operacion ofensiva; pero como unas veces helaba y otras se derretia el hielo, era imposible conducir en carros las provisiones por espacio de algunos dias. Era preciso, pues, esperar mejor estacion, y Mr. de Talleyrand, que se habia quedado en Varsovia, se valia de instancias, dineros, promesas y aun amenazas, para asegurar la conduccion de los víveres indispensables, desde el Vistula al Passarge.

Hallándose en tal estado las cosas, estado que debia durar aun algunos meses, Napoleon podia dedicar el tiempo á negociaciones, tanto mas importantes cuanto que así que conoció los obstáculos naturales, que observó á Polonia de mas cerca, se

disipó algun tanto el entusiasmo que le llevó á orillas del Vistula. Entonces conoció que si los rusos eran poco temibles para los soldados franceses no yendo á buscarlos allende el Danubio ó el Elba; se convertian con la ayuda del clima, en un enemigo á quien no podia vencerse sino al cabo de mucho tiempo y de haber superado no pocas dificultades. Conmovido al principio con el ardor patrio que notó en Posen, creyó que los polacos podrian proporcionarle cien mil hombres; pero no tardó en ver que los habitantes del campo se cuidaban muy poco de un cambio de dominacion que no les sacaba de su esclavitud, teniendo por el contrario que refugiarse á la Polonia austriaca para librarse de los horrores de la guerra; que los habitantes de las poblaciones se mostraban entusiastas y dispuestos á sacrificarse sin ninguna mira oculta, pero la nobleza, como mas previsora, imponia condiciones que no podian ser aceptadas sin cometer una imprudencia; que los oficiales que habian servido en los ejércitos franceses, se llevaban muy mal con los nobles que no habian salido de sus castillos; que anos y otros aumentaban con sus nimiedades los obstáculos que se oponian á que el pais fuese organizado militarmente; y por último, que los cien mil hombres que esperaba poder sacar, estaban reducidos á quince mil soldados visosos, organizados en veinte batallones, y destinados á cubrirse de gloria algun dia á las órdenes del valiente Poniatowski, pero poco aguerridos en la actualidad, y dando lugar á que nuestros soldados se burlasen de ellos. Napoleon vió todo esto, y no encontraba tanto calor en querer reconstituir á Polonia, estando menos dispuesto, desde que la co-

nocia, á trastornar el continente por restaurarla, porque aunque no dudaba de su propio poder, formó una idea mas justa de los obstáculos que la naturaleza puede oponer al ejército mas heróico, y una opinion menos favorable de la obra que le atraia á las llanuras del Norte. Inclinábase, pues, algo mas á escuchar proposiciones pacificas, sin separarse por eso de ninguna de sus pretensiones, porque estaba convencido de que así que llegase la primavera, destruiria todos cuantos ejércitos se opusiesen á su paso, y porque solo veia en una negociacion que tuviese por objeto la paz, economía de tiempo y de sangre, pues por lo que hace á los peligros, se creia capaz de dominarlos á todos, cualesquiera que fuesen.

Despues que se dió la batalla de Eylau, anduvieron yendo y viniendo de Königsberg á Osterode varios parlamentarios; pero llevado de la primera impresion que le causó aquella batalla, dijo Napoleon al rey Federico Guillermo por conducto del general Bertrand, que estaba pronto á devolverle sus estados, mas solo hasta el Elba, con lo cual perdía el referido principe las provincias de Westfalia, Sajonia y Franconia, es decir, casi la cuarta parte de la monarquía prusiana, si bien es verdad que á lo menos le aseguraba le serian devueltas las otras tres cuartas partes. Napoleon añadió que, apreciando como apreciaba al monarca que entonces reinaba en Prusia, mejor queria concederle á él esta restitution que no por la intervencion de Rusia, y el desgraciado Federico Guillermo, aunque el sacrificio era muy grande, aunque sus soldados se portaron con honra en Eylau, y se creia algo mas favorecido en la opinion de sus aliados,

no se hizo ilusiones, siendo á sus ojos la referida batalla de Eylau, á que los rusos llamaban casi una victoria, una derrota sangrienta, que solo se diferenciaba de la de Jena ó Austerlitz, en haber costado mas sangre á los franceses, y no haber producido, gracias á la estacion, resultados tan decisivos. Además estaba persuadido de que en la primavera pondrian los franceses término á la guerra de un modo pronto y desastroso; pero la reina y el partido de la guerra, animados con los últimos acontecimientos, mas influidos por el ruso, de quien por desgracia estaban demasiado cerca hallándose como se hallaban en Königsberg, no apreciaban la situacion de las cosas con un juicio tan sano como el rey, y dictando una contestacion evasiva á las palabras amistosas que el general Bertrand tuvo encargo de transmitir, impidieron se aprovecharan las disposiciones de Napoleon, pacíficas momentáneamente.

Así, pues, lo encarnizado de la lucha que sostenia contra Rusia, hizo que Napoleon se inclinase por un instante á Prusia, siendo indudable que se hubiera alegrado de que, vuelta enteramente en sí, y estando como estaba dispuesto á devolverla no solo las provincias situadas mas allá del Elba, sino las de mas acá, se hubiese hecho amiga suya definitivamente, con aquella accion tan generosa como política; pero viendo que el rey Federico Guillermo se mostraba tan débil, indeciso y sin voluntad propia como antes, volvió á convencerse de que no podia contar con la Prusia, y desde aquel día solo pensó en ella para mirarla con desden, maltratarla y disminuir su dominio mas y mas. Sin embargo, algo menos desvanecido que

despues de lo de Jena, volvió á creer que para ser dueño del continente, y desterrar de él la influencia inglesa, ó lo que es lo mismo para *vencer el mar por medio de la tierra*, necesitaba no solo victorias, sino una gran alianza. Así lo creyó despues de las batallas de Marengo y Hohenlinden; así lo creyó tambien despues de la de Austerlitz y antes de la de Jena; y si al dia siguiente de haberse dado esta última batalla, cesó un momento de pensar en ello, lo creyó de nuevo despues de las de Pultusk y Eylau, y meditando siempre sobre su situacion en medio de las dificultades de aquella guerra, trataba de examinar con qué potencia deberia aliarse. Siendo como era preciso dejar á un lado á Prusia, quedaba Rusia, con quien sostenia una lucha terrible, y Austria, que bajo apariencia de neutralidad, disponia armamentos á su espalda. Aunque la corte de Rusia, escitada por las sugerencias británicas, y la jactancia del general Benningsen, estaba al parecer mas enconada que nunca: sus generales, oficiales y soldados, que era sobre quienes gravitaba el peso de aquella guerra atroz, que se hallaban reducidos á la mitad de resultados de las jornadas de Czarnowo, Pultusk, Golymin, y Eylau, y que, gracias á la barbarie de su gobierno, se mantenian con algunas patatas que sacaban de la nieve con las puntas de las bayonetas, abrigaban sentimientos muy distintos y usaban un lenguaje muy diferente al de los cortesanos de San Petersburgo. Llenos de admiracion hácia el ejército francés, y no abrigando como no abrigaban contra él ninguno de esos ódios de nacion á nacion, que algunas veces engendran en los pueblos la vecindad ó un origen comun, se pregunta-

ban á sí mismos porque se les hacia verter su sangre en provecho de los ingleses, que ninguna prisa se daban en ir á socorrerlos, y de los prusianos que ni siquiera sabian defenderse.

Todos los militares rusos que sabian raciocinar; decian que estando como estaban tan distantes una de otra Francia y Rusia, no tenian porque disputar, y varios oficiales nuestros, que fueron hechos prisioneros y cangeados, oyeron acerca de esto palabras muy significativas, en boca nada menos que del general ruso mas valiente que tenia la Rusia, es decir del principe Bagration que mandaba alternativamente la vanguardia ó la retaguardia rusa, la primera cuando era preciso atacar, y la segunda cuando era preciso batirse en retirada.

No faltó quien refriese á Napoleon estos pormenores, pormenores que le dieron en que pensar, diciéndose á sí mismo, aun en medio de los horrores de la actual guerra, que quizá seria preciso acabar por ponerse de acuerdo con Rusia, para cerrar á Inglaterra los puertos y gabinetes del continente; pero si podia concebirse esa alianza, no era seguramente el mejor medio prepararla y realizarla entre dos batallas, y cuando tenian que comunicarse con los puestos avanzados por medio de un corneta. Viendo, pues, que era imposible intentarlo siquiera entonces, y acordándose de lo que el archiduque Fernando le dijo en Wurtzburgo, pensó de nuevo en aliarse con la corte de Viena; á pesar de los armamentos con que le amenazaba, pensando sobre todo que ahora podia devolverle lo que medio siglo antes la hubiera colmado de júbilo, esto es Silesia, esa Lom-

bardia del Norte, que tanto sentia haber perdido, y por cuyo cobro habia hecho tantos esfuerzos, hasta el punto de ser aliada de Francia durante 30 años. Trasladó del bivac de Osterode al castillo de Finkenstein, y recorriendo unas veces sus cantones á caballo, hasta el extremo de andar 30 leguas en un dia, sosteniendo otras larga correspondencia con los agentes que tenia en Polonia sobre el modo de proporcionar viveres para el ejército, ó con los ministros que se hallaban en París acerca de la gobernacion del imperio, y combinando por último en su cabeza planes de política general en medio de las eternas noches del Norte, acabó, despues de pensar en todas las alianzas, por reducirse á dos, diciéndose á sí mismo que era preciso escoger entre la de Austria ó la de Rusia. Tambien sostenia correspondencia con Mr. de Talleyrand, quien se quedó en Varsovia, desde donde dirigia los negocios estrangeros, y Napoleon le escribió una vez lo siguiente: «*Es preciso que todo esto acabe adoptando un sistema con respecto á Rusia ó á Austria. Pensadlo bien, fijad en esto vuestras ideas, y obligad á Austria á que se esplique definitivamente con nosotros.*»

Empero Austria seguia cubriéndose con un velo impenetrable, pues mientras que el general Andreossy, que era nuestro embajador en Viena, nos noticiaba todos los dias, hechos alarmantes, como por egemplo, armamentos de gente, compras de caballos y formacion de almacenes, el general baron de Vincent, por el contrario, enviado de la córte de Austria en Varsovia, no cesaba de afirmar, con la mayor franqueza al parecer, que Austria no podia hacer la guerra, por lo agoviada que

se hallaba; que estaba resuelta á no quebrantar la paz á menos que no la tratasen de un modo insufrible; y que si tomaba algunas precauciones, esto no debia atribuirse á miras hostiles contra Francia, sino á que la prudencia exigia se tomasen algunas medidas en vista de una guerra espantosa, que abarcaba todo el circulo de sus fronteras, y sobre todo el estado de Gallitcia, sumamente conmovida desde la sublevacion de Polonia. Mr. de Talleyrand se dejó persuadir de esto hasta tal punto, que á cada paso estaba diciendo á Napoleon que el general Andreossy era un agente peligroso, que observaba y juzgaba mal lo que sucedia á su alrededor, siendo capaz si se le daba oídos, de indisponer á las dos córtes, á fuerza de referir las cosas, con inesactitud y mala intencion.

Aunque Napoleon se inclinaba, lo mismo que cualquier otro á creer lo que aguardaba, y se complacia en pensar que Austria no podia reponerse de los golpes que recibió en Ulm y Austerlitz, así como que nunca se atreveria á faltar á la palabra que su soberano le dió en el bivac de Urchitz, ilustrado por el peligro, se fiaba mas de los partes del general Andreossy que de las protestas del baron de Vincent. Así es que escribió á Mr. de Talleyrand: «El general Andreossy será un hombre altanero, un observador mediano, y problamente exagerará las cosas que vé, pero vos sois un hombre crédulo y tan inclinado á dejaros seducir, como hábil para seducir á los demas. Basta con que se os adule para dejaros engañar, y Mr. Vincent os engaña con buenas razones: Austria nos teme pero tambien nos aborrece y está armada para apro-

vecharse de un descalabro. Como en la primera consigamos una gran victoria, se portarán como Mr. de Haugwitz al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, y entonces tendreisrazon; pero solo con que la guerra sea dudosa, la volveremos á ver sobre las armas á nuestra espalda. Sin embargo, es preciso obligarla á que se pronuncie de una vez, pues efectivamente, comete un error de bulto con no querer ponerse hoy de acuerdo con nosotros, ni aprovecharse de un momento en que somos dueños de Prusia para recobrar de nuestras manos lo que Federico le quitó en otro tiempo. En un dia puede, como quiera, desquitarse de cuanto ha perdido en medio siglo, y reponer la fortuna de la casa de Austria, que tanto ha venido á menos, ya por culpa de Prusia, ya de resultados de los golpes, que sobre ella ha descargado Francia. Pero es preciso que se explique: ¿desea que se le conceda una indemnizacion por lo que ha perdido? En ese caso le ofrezco la Silesia. ¿Le alarma el estado en que se halla el Oriente? Estoy dispuesto á tranquilizarla acerca de la suerte de la parte baja del Danubio, disponiendo como mejor tenga á bien de Moldavia y Valaquia. ¿Le inspira sospechas nuestra presencia en Dalmacia? Pues estoy pronto á hacer con respecto á esto sacrificios, por medio de un cambio de territorio. ¿Por último nos prepara la guerra, para ver por última vez hasta donde llega el poder de sus armas, aprovechándose de que todo el continente se ha conjurado contra nosotros? Sea en buena hora: acepto ese nuevo adversario; pero que no espere cogermé de sorpresa, porque solo una muger ó un niño puede creer que habré venido á los

desiertos de Rusia, sin haber tomado antes precauciones. Austria no me hallará desprevenido: al contrario, encontrará en Sajonia, Baviera é Italia, ejércitos que están dispuestos á resistirle, y me verá contramarchar para caer sobre ella con todas mis fuerzas, derrotarla, y tratarla peor que á todas las potencias que hasta aquí he vencido. Con eso castigaré su mala fé de un modo terrible, que llame la atencion, y de que no puede dar idea la suerte actual de Prusia. Esplíquese, pues, y sepa yo á que debo atenerme acerca de sus disposiciones.»

Napoleon encargó á Mr. de Talleyrand, que no dejase sosegar á Mr. de Vincent, y echase la sonda repetidas veces en la sima que ocultaba la política austriaca; y estimulado Mr. de Talleyrand por el emperador, dividía el tiempo en exhortar al gobierno polaco, para que previniese viveres y carros, y en conversar con Mr. de Vincent, para ver de arrancarle, con cien conversaciones diferentes, el secreto de su córte.

Este secreto trataba de recabarlo de las palabras del enviado austriaco, hasta de los gestos de su rostro, tratándole unas veces con confianza y benevolencia á fin de provocar su franqueza con un abandono sin límites, y procurando otras sorprenderle y agitarle, presentándole de pronto, no sin aparentar un enfado que no tenia, la pintura de los armamentos que se hacian en Viena. Mr. de Vincent, ora fuese un hombre hábil, ora hablase con sinceridad, siempre repetia lo que ya habia dicho, á saber, que en Viena no querian ni podian hacer la guerra, y que se limitaban á mantenerse en guardia, sin pensar en atacar á nadie; pero sin

embargo, cuando Mr. de Talleyrand avanzó hasta insinuar que el premio de una alianza seria, ya Silesia, ya las provincias del Danubio, ya en fin, Dalmacia. El ministro austriaco contestó que no tenia instrucciones para tratar de asuntos de tanta importancia, y pidió se le permitiese ponerlo en conocimiento de su córte, lo cual hizo dando cuenta sin demora á Mr. de Stadion de los pasos preliminares de Mr. de Talleyrand.

Dirigia á la sazón los negocios estrangeros en Austria Mr. de Stadion, en sentido mucho mas hostil para Francia que lo hicieron los Cobentzel, pero es preciso hacerle la justicia de que no ocultaba tanto como ellos sus sentimientos hostiles con un barniz de cordialidad. Por lo demás, aunque su corazon respiraba odio, sabia contenerse, y observaba una reserva decorosa; siendo fácil de penetrar el secreto de Mr. de Stadion y su córte, con tal que, dejando á un lado las apariencias que siempre gustan, se buscara el fondo de las cosas, en que nada habia que pudiese agradar. Austria armaba gente para aprovecharse de nuestros descabros, lo cual era muy natural en ella, siendo un error y grave, creer que con brillantes ofertas podiamos atraernos una potencia tan vengativa. Efectivamente, abrigaba en su alma un odio contra nosotros que le hubiera impedido apreciar debidamente ventajas reales y positivas, si se les hubiese ofrecido, y con mucha mas razon ventajas que no bastasen á calmar su resentimiento, como por ejemplo, una parte de Silesia, Moldavia ó Dalmacia, porque todo esto no equivalia ni con mucho á lo que habia perdido en el espacio de quince años. Con todo, por muy insuficientes

que fuesen esas ventajas, sin duda las hubiera aceptado, si hubiese creído que en el estado en que se hallaba el mundo podía darse algo de un modo sólido y estable; pero en medio de las continuas variaciones que sufrían los estados europeos se figuraba que nada había duradero, no estando dispuesta por lo mismo á tomar por vía de indemnización de provincias hereditarias ó agregadas desde antiguo á su casa, otras dadas por la política del momento, que podían quitarle con la misma facilidad con que se las daban y que era preciso comprar además con una guerra contra los que regularmente eran sus aliados, y en provecho del que pasaba á sus ojos por autor de todos sus males. Así, pues, nada que proviniese de Napoleón, debía inspirarle atractivo ó confianza, pudiendo estar cierto de antemano dicho general de que rehusaría cuantas ofertas le hiciese; pero hostigado con preguntas y mas preguntas, no podía encerrarse, ó en un silencio absoluto ó en una negativa general á oír toda clase de proposiciones. Ocurriósele, pues, dar un paso que por lo pronto le proporcionaba el medio de poder contestar de un modo decoroso, y que le aseguraba para mas tarde el de poder aprovecharse de los sucesos, cualquiera que estos fuesen. El indicado paso se reducía á ofrecer á Francia intervendría para con las córtes beligerantes, y nada mejor calculado que esto, no solo por lo que hace al presente, sino en cuanto al porvenir: por lo que hace al presente, porque así probaba que quería la paz, trabajando por restablecerla; y en cuanto al porvenir, porque trabajando francamente en favor de esa paz, tendría muy buen cuidado de dirigir las condiciones

de ella en sentido conforme á su política, si Napoleón salía victorioso. Si éste quedaba vencido al contrario, ó no conseguía una victoria completa, Austria pasaba de una intervencion modesta á otra impuesta por la fuerza, moderándola ó agravándola segun diesen de sí las circunstancias. En una palabra, de este modo tomaba parte como mejor lo tuviese á bien en la reyerta, y una vez conseguido esto, podía obrar segun aconsejase la suerte.

Mr. de Stadion encargó al baron de Vincent, contestase á Mr. de Talleyrand, que en Viena se agradecía infinito las ofertas del emperador de los franceses, pero que por muy ventajosas que fuesen, no podía aceptarlas aquel gabinete, porque de hacerlo así, tendría que entrar en guerra, ó con los alemanes que eran sus compatriotas, ó con los rusos, aliados suyos, y que no quería disputar con las armas en la mano por ningun motivo, ni con nadie, pues conocía que no se hallaba en estado de poder sostenerla: (esta confesion era poco peligrosa haciendo como hacia Austria en aquel mismo momento grandes preparativos militares); que lo que el gobierno austriaco quería era la paz, únicamente la paz, prefiriéndola á las mejores adquisiciones del mundo; que en prueba de su amor á la paz, se ofrecía interponer su mediacion para ver de negociarla, y que si Francia se prestaba á ello, él se encargaba por su parte de conseguir consintieran tambien los gabinetes de Berlin, San Petersburgo y Lóndres; que Mr. de Budberg, ministro del emperador Alejandro y á quien se habia consultado sobre este asunto, habia acogido perfectamente la buena intencion de la córte de Viena



y que como en Londres habia tomado la direccion de los negocios otro gabinete (el de MM. Castlereagh y Canning), habia probabilidades de hallar disposiciones pacificas en los nuevos representantes de la politica inglesa, pues probablemente se alegrarian de poder popularizarse en Inglaterra, dando la paz á su advenimiento. Mr. de Stadion mandó se añadiese seria una fortuna para su gobierno, que el omnipotente emperador de los franceses viera en aquella oferta una prueba del desinterés y espíritu de concordia que animaban al emperador de Austria.

El omnipotente emperador de los franceses tenia tanta perspicacia como poder, y así apenas leyó esta respuesta que le enviaron de Varsovia á Finkenstein, comprendió todas las miras que encerraba, con la misma prontitud que hubiera podido emplear en descubrir los movimientos de un ejército enemigo en el campo de batalla. Escribió, pues, á Mr. Talleyrand lo que sigue: «Ese es el primer paso que dá Austria para intervenir en los sucesos, pues si estuviera resuelta á no mezclarse para nada en la lucha que sostienen Francia, Prusia, Rusia é Inglaterra, ni siquiera querria correr el riesgo de comprometerse, llevando palabras de unas á otras. Brindarse por mediadora, es prepararse para la guerra, buscando un medio decente para tomar parte en ella, medio que necesita, despues de las declaraciones de gabinete á gabinete, y los juramentos de soberano, cuando se comprometió á no mezclarse nunca en nuestras actuales reyertas. Lo que nos está sucediendo es una desgracia, porque esto anuncia la presencia de un ejército austriaco en el Oder y el Elba,

mientras nosotros estemos en el Vistula; pero es imposible rechazar esa intervencion. Esto estaria en contradiccion con el lenguaje que siempre hemos usado, y que consiste en asegurar que estamos dispuestos á celebrar la paz, esponiéndonos ademas, si nos negamos terminantemente, á que ofendida Austria, tome una resolucion instantánea. Es preciso, pues, ganar tiempo, y contestar que es demasiado indirecta la oferta de intervencion, para que la aceptemos de un modo positivo; pero que ahora y siempre acogeremos con tanta confianza como gratitud la buena intencion de la córte de Viena.»

Dirigido Mr. de Talleyrand por Napoleon, contestó á Mr. de Vincent en los términos que el emperador dijo, mostrándose en cierto modo dispuesto á aceptar la intervencion de Austria, pero dudando al parecer al mismo tiempo, de que fuese formal la oferta de esa intervencion. Mr. de Vincent afirmó por el contrario, que dicha oferta no podia ser mas formal, y declaró por lo demás iba á invocar el testimonio de su córte, como así lo hizo, escribiendo á Mr. de Stadion, quien por su parte no tardó tampoco en contestar. Efectivamente, al cabo de pocos dias anunció la córte de Viena que estaba pronta á pasar de simples conferencias preliminares á una proposicion formal; que tenia la certeza de que en San Petersburgo y Londres seria aceptada su intervencion; y á mayor abundamiento aquel mismo dia dirigia una oferta positiva, tanto á Francia como á Prusia, Rusia é Inglaterra; y por último, que esperaba saber de un modo terminante las intenciones del emperador Napoleon acerca de aquel asunto.

Una respuesta tan pronta y clara, apoyada en armamentos de cuya existencia no podía ya dudarse, le pareció á Napoleon un hecho de suma gravedad, cuya importancia no era imposible desconocer, y á que solo podía contestarse por desgracia con una aceptacion, pero contra cuyas consecuencias era preciso prepararse por medio de grandes precauciones. Escribió, pues, en este sentido á Mr. de Talleyrand, y le envió de Finkenstein el modelo de nota que van á leer nuestros lectores, previniéndole al mismo tiempo iba á añadir á aquella nota nuevos preparativos mas formidables que nunca y de que era preciso dar cuenta inmediatamente á Austria para que supiese cómo iba ser acogida su intervencion, fuese amistosa ú hostil, diplomática ó belicosa.

La respuesta á la oferta de intervencion estaba concebida en estos términos:

«El ministro de negocios estrangeros que abajo firma, ha presentado á S. M. el emperador y rey la nota que le ha sido entregada por Mr. el baron de Vincent.

«El emperador acepta por sí y en nombre de sus aliados la intervencion amistosa del emperador Francisco II, encaminada á restablecer la paz, que tan necesaria es para todos los pueblos, pero abriga el temor de que la potencia cuyo sistema ha sido hasta aquí, á lo que parece, fundar su poder y grandeza en las divisiones de continente, procurará por este medio que surjan nuevos motivos de queja y nuevos pretextos del discusiones. Sin embargo, Francia, que, como sabe toda Europa, ha sido provocada á la guerra actual, no debe apartarse de cualquier camino que conduzca á cortar

la lucha, poniendo término á la efusion de sangre y consolando á tantas y tantas familias.

«Por otra parte, el emperador Napoleon ve en esta circunstancia una ocasion natural y brillante de manifestar al soberano de Austria la confianza que le inspira, y el deseo que abriga de que vuelvan á estrecharse los lazos que entre sí unian á ambos pueblos, lazos que produjeron en otros tiempos su prosperidad comun, y que pueden hoy mejor que ninguna otra cosa, consolidar su tranquilidad y bienestar.»

En estas conferencias se invirtió todo el mes de marzo; pero como la estacion era cada vez mas rigorosa, haciéndose sentir en la primavera el frio que en vano se esperó durante el invierno, no podía aun darse principio á las operaciones militares, por lo cual resolvió Napoleon aprovecharse de aquella tardanza, para aumentar sus fuerzas de un modo formidable, tanto en la apariencia como en la realidad. Su intento era, sin dejar á Italia y Francia demasiado desprovistas de tropa, acrecentar su ejército activo cuando menos en una tercera parte, y tomar en el Elba otro de reserva de cien mil hombres, á fin de poder destruir completamente no solo á los rusos sino á los prusianos, apenas empezase la campaña, y volverse contra Austria en caso necesario, esto es si se decidia á tomar parte en la guerra.

Para conseguir uno y otro resultado, resolvió sacar una nueva conscripcion, es decir, la de 1808, aunque solo corria á la sazón el mes de marzo de 1807: ya en 1805 llamó á las armas la de 1806, y en 1806 la de 1807, con el fin de que los jóvenes conscriptos tuviesen doce ó quince